

EL CRÁNEO DE MENGELE

THOMAS KEENAN
EYAL WEIZMAN

Una coincidencia inusitada fue la que llevó a una elección difícil. El agente del Mossad, Rafi Eitan, describe la oportunidad perdida a un entrevistador de Der Spiegel casi cincuenta años más tarde:

En la primavera de 1960, mientras planeábamos el arresto de Adolf Eichmann, nos enteramos que [Josef] Mengele también se encontraba en Buenos Aires. Nuestros colegas verificaron la dirección y era correcta. [...] Sólo había once de nosotros y estábamos bastante ocupados con Eichmann. Una vez que llevamos a Eichmann a la casa donde permaneció hasta que lo sacamos en avión, mi jefe en el Mossad, Isser Harel, llamó por teléfono. Quería que arrestáramos también a Mengele, pero mientras tanto Mengele había salido de su casa. Harel dijo que debíamos esperar a que regresara y luego llevarlo con Eichmann a Israel en el mismo avión. Me rehusé porque no quería arriesgar el éxito del operativo Eichmann. [...] Cuando nuestros agentes regresaron a Argentina, Mengele se había mudado de su departamento y desaparecido en la clandestinidad.¹

Entonces, Eichmann fue a Jerusalén y Mengele permaneció en Sudamérica. Al primero lo ejecutaron después de haberse enfrentado a sobrevivientes, testigos y jueces en un tribunal israelí en 1961; el segundo, quien murió en la clandestinidad

en Brasil, acabó como esqueleto sobre una mesa de autopsia de especialistas forenses en 1985. Cada uno de estos foros ejemplifica, y quizás incluso inauguró, diferentes formas y sensibilidades dentro de la ética y la epistemología de las investigaciones por crímenes de guerra y de lesa humanidad.

—

La “era del testimonio” comenzó, según la mayoría de las versiones, con el juicio de Eichmann en Jerusalén en 1961, el primer gran juicio por crímenes de guerra desde Nuremberg y Tokio, y la prueba de fuego de todos los grandes debates sobre la justicia penal internacional y la rendición de cuentas de atrocidades cometidas desde entonces.² En los dos capítulos de *The Juridical Unconscious* dedicados a Eichmann, Shoshana Felman sostiene que el nuevo organismo político de sobrevivientes como testigos establecido en el juicio se obtuvo no a pesar del hecho de que las historias que contaban eran difíciles de contar, de escuchar, o a veces incluso de creer, ni a pesar del hecho de que eran poco fiables, sino, paradójicamente, precisamente debido a esas fallas. El mismo Robert Jackson, fiscal de Nuremberg, había comparado la tendencia y los recuerdos sesgados e incorrectos de los testigos con la solidez de las pruebas documentales: “No puede atribuirse a los documentos parcialidad, olvido o invención, y constituirán el fundamento más sólido”.³ En su libro *Testimony*, Felman y Dori Laub habían sostenido anteriormente que a menudo era en el silencio, en la distorsión, en la confusión o el en el rotundo error que se registraba el trauma —y por ende el carácter catastrófico de ciertos acontecimientos—.⁴ La fragilidad de los testigos, la falta de fiabilidad e incluso hasta cierto punto la imposibilidad de declarar, se habían convertido en el aspecto decisivo del testimonio, de su capacidad de registrar y transmitir el horror de los acontecimientos. “Paradójicamente, se apela precisamente a la fragilidad de los testigos para declarar”, escribió Felman.⁵ En este sentido, como propuso el politólogo Michal Givoni, una de las características del testimonio en el contexto de crímenes de guerra es que su función ética supera su función epistémica.⁶

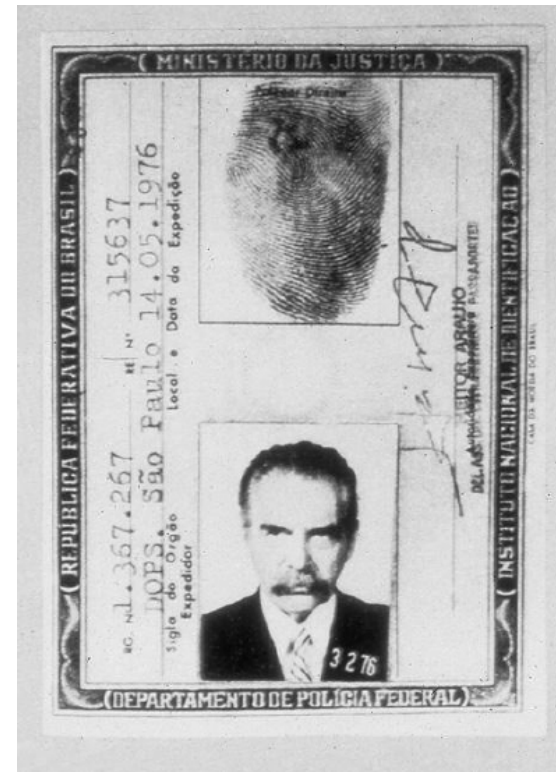
Sin embargo, el caso de Mengele —el camino no tomado y el juicio que

nunca se llevó a cabo— proporciona una alternativa instructiva a la historia que parece comenzar con Eichmann. Para cuando, finalmente, muchos años después, se halló a Mengele, muerto, la investigación que determinó su identidad abrió lo que ahora se puede considerar como un segundo relato, no de la historia del testigo sino la de la cosa en el contexto de las investigaciones de crímenes de guerra y de lesa humanidad. Si el juicio de Eichmann en efecto marca el inicio de la era del testimonio, proponemos que la exhumación de un cuerpo, en junio de 1985, que se cree que perteneció a Mengele señale la inauguración de una era en la ciencia forense en materia de derechos humanos y la justicia penal internacional. Para comprender mejor el lugar que ocupa actualmente la evidencia forense en este contexto —no sólo las exhumaciones que aún se llevan a cabo sino también el uso del ADN, las exploraciones en tercera dimensión, la nanotecnología y la información biomédica en estas investigaciones— debemos retomar la historia de Mengele donde comenzó.

—

A mediados de la década de 1980 fue posible observar lo que vino a ser un esfuerzo desesperado de parte de Estados Unidos, Israel y otros gobiernos, así como de varias organizaciones privadas voluntarias, como el Simon Wiesenthal Center, por localizar y capturar a los ex dirigentes nazis que quedaban con vida. En relación a Mengele, particularmente, todo parecía haber llegado a un punto crítico en 1985. A principios de febrero, el fiscal general de Estados Unidos anunció que el Departamento de Justicia iniciaría una investigación que “recopilaría todas las evidencias fidedignas sobre el paradero actual de Mengele así como información sobre sus movimientos en la Alemania ocupada y su presunta huida a Sudamérica”.⁷ En mayo, anticipando el cuadragésimo aniversario de la derrota de Alemania, Estados Unidos, Alemania Occidental e Israel anunciaron un esfuerzo conjunto para encontrar a Mengele y llevarlo a juicio por crímenes contra la humanidad.⁸ Obviamente, el tiempo se agotaba tanto para los testigos como para los autores de los delitos.

Poco tiempo después, se produjo un avance en el caso Mengele. En el último día de mayo de 1985, gracias a pistas reunidas como parte de sus propias investigaciones, la policía de Alemania Occidental allanó



Uno de los falsos documentos de identidad brasileños de Mengele, adquirido mediante la sustitución de su propia fotografía sobre la de Wolfgang Gerhard, un austriaco que vivía en Brasil. Aunque era catorce años mayor y seis pulgadas más bajo de estatura, Mengele utilizó con éxito la identidad de Gerhard con su consentimiento, y continuó haciéndolo hasta su muerte.

una casa en Günzberg, Bavaria, ciudad natal de Mengele, y descubrieron una colección de documentos invaluable, incluidas cartas codificadas con direcciones de los remitentes, que apuntaban hacia Brasil y a una pareja de austriacos de nombre Wolfram y Liselotte Bossert.⁹ Los Bossert, quienes residían en São Paulo, dijeron después a la policía que en efecto habían albergado a Mengele en Brasil, y que lo habían ayudado a adoptar una identidad falsa. También condujeron a los investigadores a la que, indicaron, era su tumba, en el cementerio de un pueblo pequeño en las afueras de São Paulo llamado Embu. Dijeron que se había ahogado en el balneario de Bertioiga en 1979, y que lo habían enterrado en Embu con un nombre falso: Wolfgang Gerhard. El 6 de junio, la policía brasileña exhumó el cuerpo.¹⁰

El esqueleto que emergió se convirtió en el centro de un gran acontecimiento mediático. Sin embargo, pronto se cuestionó su estatus. La policía brasileña anunció su convicción desde el principio —Romeu Tuma, jefe de la policía federal en São Paulo, dijo ante las cámaras con el cráneo en las manos en el sitio de exhumación que Mengele “está bien muerto”—, pero, obviamente, no todos estaban convencidos de que los huesos le pertenecían.¹¹ Los oficiales israelíes, en particular, incluido Isser Harel, el ya jubilado jefe del Mossad que había supervisado el secuestro de Eichmann y los intentos fallidos de atrapar a Mengele, decían creer que “Mengele y amigos que puedan estarlo albergando habían actuado después de alarmarse por la campaña coordinada por los gobiernos de Estados Unidos, Alemania Occidental e Israel para llevarlo a juicio”.¹² “No vamos a dejarnos influir por sentimientos políticos o ideológicos”, dijo Tuma al día siguiente. “Hay quienes quisieran que dijéramos que sigue vivo, y quienes quisieran que dijéramos que está muerto”. José Antonio de Melo, el médico forense adjunto que dirigió el siguiente examen dijo a la prensa, “Será muy, muy difícil obtener una identificación positiva que garantice que el cadáver sea el de Mengele”.¹³

Debido a los altos riesgos de la identificación —Mengele era en cierto sentido el último criminal de guerra nazi de importancia que quedaba, y su muerte puso fin a una era de juicios del Holocausto y a la búsqueda de los autores—, los principales analistas forenses de varios países se reunieron en los laboratorios del Instituto Médico Legal

en São Paulo. Además de los investigadores brasileños, se envió a un equipo oficial estadounidense, así como a un grupo de Alemania Occidental. Asimismo, estaban presentes funcionarios israelíes. El Centro Wiesenthal envió a su propio grupo, incluido Clyde Snow, el legendario antropólogo forense con sede en Oklahoma, quien después de una trayectoria profesional en Estados Unidos empezaba a formar a los estudiantes argentinos que se convertirían en el Equipo Argentino de Antropología Forense, el primer equipo profesional en el mundo de exhumaciones relacionadas a crímenes de guerra.¹⁴

La gran cantidad de evidencia forense precisaba de un grupo igualmente diverso de expertos: peritos calígrafos en huellas dactilares, en registros dentales y rayos X, fotografías, documentos y ropa, todos ellos involucrados en la investigación.¹⁵ En vez de escribir informes paralelos que verificarían o refutarían la información del otro, decidieron trabajar en conjunto. El jefe de la policía dijo a los expertos reunidos, “Los científicos brasileños firmarán el informe final, pero necesitamos su apoyo [...] De ustedes depende, en su calidad de científicos, la determinación final”.¹⁶

En el centro del caso estaban los huesos. Christopher Joyce y Eric Stover cuentan la historia del esqueleto en tres capítulos fundamentales de *Witness from the Grave*, su relato de la carrera de Clyde Snow y el nacimiento de la antropología forense en el discurso de los derechos humanos. Stover, presidente del Comité de Libertad y Responsabilidad Científica, de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, fue miembro del equipo del Centro Wiesenthal, junto con Snow, el radiólogo John Fitzpatrick y el médico forense Leslie Lukash.¹⁷

En la mayoría de los exámenes de restos humanos, la pregunta que se hace a los huesos en la oratoria forense es: ¿cómo moriste? Ése es el curso tradicional de las investigaciones policiacas: se conoce la identidad de la víctima y debe establecerse la causa de la muerte para poder determinar si se cometió un crimen y quién podría haberlo cometido. Sin embargo, en São Paulo, la causa de muerte no era particularmente pertinente. Lo que importaba era a quién pertenecían los huesos.

Para responder a esta pregunta, los investigadores necesitan reconstruir la historia de una vida, ya que ha quedado grabada o fosilizada en los huesos. Los científicos que se reunieron en São Paulo tuvieron ante sí lo que se conoce de la biografía de Mengele, ya que se transmitió en los documentos, las fotografías y los registros médicos. Clyde Snow llamó su proceso de trabajo de identificación de restos humanos “osteo-biografía”, la biografía de los huesos.¹⁸ Explicó que el esqueleto contiene “una breve pero muy útil biografía informativa de un individuo [...] si sabes cómo leerla”.¹⁹ La “biografía” nos dice que lo que importa a este tipo de lector no es únicamente el momento de la muerte, sino la historia completa de una vida —una secuencia de enfermedades, incidentes y accidentes, así como las condiciones de nutrición, trabajo y hábitos— que se fosilizan en la morfología y textura de los huesos. Como dijo un reportero en ese momento: “El éxito en establecer si un cuerpo que fue exhumado la semana pasada en Brasil pertenece al criminal de guerra nazi Josef Mengele depende en gran medida de cuánta información detallada pueden recopilar los investigadores acerca de las características físicas de Mengele cuando estaba con vida”. Especialistas estadounidenses en medicina forense dijeron que los registros que describen las enfermedades, lesiones, defectos congénitos y el trabajo dental —además de rayos X y resultados de pruebas de laboratorio a que se haya sometido el ex doctor del campo de concentración— incrementan enormemente las posibilidades de hacer una identificación fidedigna.²⁰

La investigación forense no fue más que esta lectura de los huesos, que se acercó cada vez más, hueso por hueso, a una identificación: género (masculino), mano dominante (derecha), estatura (174 cm), complexión (mediana), raza (blanca), empastes y huecos en la dentadura, fracturas y accidentes marcados en nuevos rayos X (en la cadera, en el pulgar, en el omóplato y en la clavícula) y la edad en la que murió (64-74 años).²¹

Pero una “identificación fidedigna” trascendía sus capacidades. La antropología forense, como cualquier otra ciencia de la vida, es una cuestión de probabilidades, no de certezas. La investigación fue un proceso de eliminación en el cual cada interpretación incrementa o disminuye el balance de probabilidades. Para científicos y abogados, la verdad se mide como una posición en una escala de probabilidades.



Las diferentes preguntas y experimentos realizados en el esqueleto deben entenderse como formas de operar dentro de las probabilidades difusas de la ciencia forense.

En vez del juicio de una persona con vida, el proceso que condujo a la identificación de Mengele fue algo parecido a un “juicio de los huesos”, un foro científico en el que cada afirmación de cualquiera de los científicos se verificó y debatió por sus colegas. “Teníamos a algunos miembros de procedencias muy diferentes. Pero nuestros conocimientos coincidieron tanto que pudimos estudiar y llevar a cabo una especie de proceso de revisión dentro de nuestro grupo; realizamos un doble control de los resultados y la metodología de nuestros colegas científicos”, recordó Snow.²² “Después de casi una semana de trabajo —dijo—, llegamos a un momento entre lo ‘probable’ y lo ‘muy probable’ que nos indicaba que los restos eran los de Mengele”.²³

—

El derecho y la ciencia tienen distintos métodos para la determinación de los hechos y se actúa de forma diferente en relación a la probabilidad. La opinión pública tiene su propia relación con la probabilidad. En este caso, la ciencia forense tuvo que convencer no sólo a los científicos sino también a los abogados del gobierno y a los investigadores penales, así como al público en general y a los sobrevivientes.

La ciencia forense, por supuesto, no sólo se trata de una ciencia sino también de los objetos físicos cuando se convierten en evidencia, las cosas sometidas a la interpretación en un esfuerzo por persuadir. Derivado del latín forensis, la palabra se refiere al “foro” y a la práctica y la habilidad de formular un argumento ante un encuentro profesional, político o jurídico. En la Roma clásica, tal habilidad retórica involucraba hacer que los objetos se dirigieran al foro. Ya que no hablan por sí mismos, existe la necesidad de algo así como la traducción o la interpretación. Una persona o una tecnología deben mediar entre el objeto y el foro para presentarlo y contar su historia.

Éste era entonces el papel de los retóricos y, en la actualidad, de los peritos. El foro es el campo de la interpretación donde las réplicas y contrarréplicas tienen que hacerse en nombre de las cosas. Y es en particular alrededor de las cosas disputadas o impugnadas que

se reúne un foro de debate. En São Paulo, no existía un foro legal en sentido estricto; más bien había que convencer al público y, sobre todo, a los sobrevivientes.

Clyde Snow habla de huesos de una manera muy llamativa. A la manera de un retórico que emplea el tropo de la prosopopeya —la figura que confiere artificialmente una voz a los objetos inanimados— se refiere a los esqueletos como si estuvieran vivos y hablaran, y estuvieran dotados de una capacidad especial de veracidad: “Los huesos son buenos testigos. Aunque hablan en voz baja, nunca mienten y nunca olvidan”.²⁴

Pero si hemos de conferirle una voz a los huesos, si han de convertirse en testigos, son de los que no hablan por sí mismos. Requieren interpretación, traducción y asistencia, sobre todo si han de convencer a los no especialistas o al público en general. La ciencia forense no se trata sólo de la ciencia de la investigación sino más bien de su presentación ante el foro. De hecho, existe una ardua labor de construir la verdad encarnada en la noción de la ciencia forense, una que se lleva a cabo con todo tipo de mecanismos científicos, retóricos, teatrales y visuales. Es en los gestos, las técnicas y las demostraciones, ya sean poéticas, dramáticas o narrativas, donde la estética forense puede hacer que las cosas aparezcan en el mundo.

Para convencer tanto a los científicos como al público en general en el caso Mengele, se requería una imagen, y estas imágenes fueron proporcionadas por un miembro del equipo de Alemania Occidental, Richard Helmer. Primero, Helmer tuvo que reconstruir el cráneo, que la policía brasileña había dañado gravemente durante la apresurada exhumación. Una vez que se realizó, informan Joyce y Stover, Helmer pudo ponerse a trabajar en las imágenes:

Hamlet sostenía en alto un cráneo y se preguntaba si podría discernir la identidad de su propietario. Ahora Helmer se hacía la misma pregunta. Pero tenía a su disposición una técnica que Hamlet no podría haber imaginado. [...] Helmer había perfeccionado un proceso de digitalización de imágenes en video lla-



Cráneo de Josef Mengele exhibido a la prensa y a los equipos de noticias el 6 de junio de 1985 en Embu, Brasil. Los huesos del doctor de Auschwitz fueron desenterrados en un pequeño cementerio, de una tumba con el nombre “Wolfgang Gerhard”.
Foto de Robert Nickelsberg, cortesía de Getty Images.

*mado superposición craneofacial, mediante el cual se superpone una imagen de video de una fotografía de cráneo sobre una imagen de video para determinar si las dos son la misma persona.*²⁵

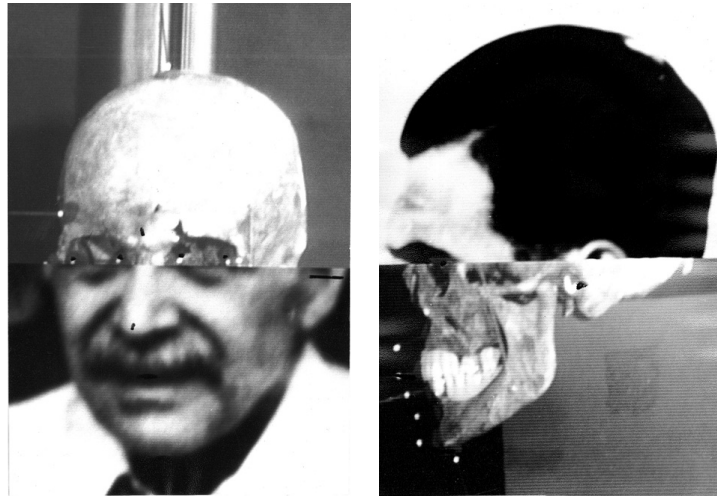
El empleo de tablas y fórmulas que Helmer había desarrollado de la topografía de los cráneos con base en cientos de ellos, mejoró la calidad de la imagen del cráneo para añadir el grosor y la forma del rostro que había desaparecido con la muerte. Al utilizar treinta alfileres, cada uno asegurado con arcilla a la superficie del cráneo y con una marca blanca en el punto donde habría estado la piel, recreó los contornos faltantes. Esto le permitió comparar el cráneo y las fotografías “al milímetro más cercano”.²⁶

Según Joyce y Stover cuentan la historia, luego colocaron el cráneo tachonado de alfileres y la fotografía uno al lado de la otra frente a

*dos cámaras de video de alta resolución [...] montadas en rieles para evitar que se deslizaran hacia adelante o hacia atrás. Las imágenes de video se transmitieron a un procesador de imágenes y de allí a un monitor de televisión. Helmer, ahora científico convertido en fotógrafo, miró por el visor de una cámara, y enfocó el cráneo. Se trasladó a la siguiente cámara e hizo lo mismo con la fotografía. Iba de una a otra, deslizando hacia atrás y hacia adelante a lo largo de los rieles hasta que las dos imágenes del cráneo y del rostro quedaron del mismo tamaño. Con el procesador de imágenes, superpuso una imagen sobre la otra, haciendo coincidir los puntos de referencia de la carne de la cara [en la foto] contra cada punto de los marcadores blancos del cráneo.*²⁷

Satisfecho, Helmer presentó su trabajo a sus colegas. “El cráneo tachonado de alfileres entró en foco en el monitor con la fotografía superpuesta sobre él. Verlo era inquietante. Tardó un momento para que los ojos y el cerebro procesaran la imagen peculiar. Estaban viendo a un ser humano como nadie en la vida lo había hecho, como si la piel fuese una película espectral”.²⁸ Encajaban a la perfección. Era la imagen que convencería al público, una fotografía envuelta sobre un objeto, una imagen de la vida a través de una imagen de la muerte.²⁹





Ejemplos de imágenes, propiedad de Richard Helmer, en las que se superponen fotografías de Mengele y su presunto cráneo tachonado de alfileres. Cortesía de Richard Helmer.

Al día siguiente, en la conferencia de prensa, el equipo forense presentó sus conclusiones (“es nuestra opinión que este esqueleto es el de Josef Mengele”) y las fotografías de sus métodos, que incluían las decisivas superimposiciones de Helmer.³⁰ También dieron una lección básica acerca del estado de la evidencia científica y la verdad. Cuando se les preguntó qué tan seguros estaban de que el cráneo pertenecía a Mengele, el jefe del equipo estadounidense, Lowell Levine manifestó que su conclusión se encontraba: “dentro de una certeza científicamente razonable”. “Al darse cuenta de la ambigüedad de la terminología científica –dicen Joyce y Stover–, añadió que ‘Eso representa un muy, muy, muy alto grado de probabilidad. Los científicos nunca dicen que algo es cien por ciento’.”³¹

Durante la investigación de Mengele fue cuando los procedimientos y las técnicas de identificación forense de restos humanos se desarrollaron metodológicamente. “Eso fue una de las cosas que salieron del caso Mengele: un acercamiento interdisciplinario dinámico, continuo y simultáneo al problema de la identificación. Un método analítico seguro se ha desarrollado con eficacia”.³²

El viaje de Snow a Brasil se llevó a cabo inmediatamente después del inicio de su trabajo con el grupo de jóvenes antropólogos argentinos que empezaban a investigar los restos de los desaparecidos de la “guerra sucia”. Según él, no había ni desempacado sus maletas.³³ El equipo argentino fue el que luego llevaría a cabo las primeras exhumaciones sistemáticas a gran escala en el contexto de los derechos humanos, produciendo a lo largo de muchos años evidencias importantes en los juicios de los jefes de la junta militar y desarrollando una pericia profesional pionera en la antropología forense. Más tarde, ayudaron a difundir esta habilidad en los campos de la muerte de la década de 1990, en lugares como Guatemala y Chile, y también en Ruanda, Yugoslavia y otros países. Donde existiera una disputa en torno a un crimen de guerra, las tumbas que alguna vez habían sido simplemente un espacio de la memoria se convirtieron en un recurso epistémico.

La moderna ciencia forense de derechos humanos empezó en Argentina con las víctimas, y en Brasil con el perpetrador. Y empezó con la misma pregunta planteada a los huesos: “¿Quién eres?” De la misma forma que el testimonio, la ciencia forense tiene sus manifestaciones políticas, éticas y estéticas. El surgimiento de una estética forense —de lo más claramente marcada por la presentación del video de Helmer en São Paulo— señala un cambio en el énfasis de lo vivo a lo muerto, del sujeto al objeto, a raíz de las atrocidades y en la búsqueda de la defensa de los derechos humanos.

Pero así como los sobrevivientes de los campos necesitaron el espacio del juicio mismo para surgir como testigos, y en un sentido real emergieron como tales con el acto mismo de hablar, del mismo modo las cosas no sólo llegan con su organización en pleno funcionamiento. Para debatir los hechos es necesario un foro, que en este caso fue un espacio científico-estético y todas las técnicas de presentación (de hacer evidente) inherentes.

Si las cosas han empezado a hablar en el contexto de las investigaciones de crímenes de guerra y los derechos humanos, no es simplemente que hayamos adquirido mejores habilidades para escuchar, o que los foros de discusión hayan crecido generosamente. El hecho mismo de introducir huesos y otras cosas en estos foros ha cambiado los significados y las prácticas de las mismas discusiones. De hecho, el campo de los derechos humanos ha sido transformado por la introducción de los no humanos.



NOTAS

- 01 - Christof Schult; "Wir hätten Mengele töten Können" ["We could Have Killed Mengele: Interview with Mossad Agent"] | "Podríamos haber matado a Mengele: entrevista con un agente del Mossad"] Der Spiegel, 9 de agosto de 2008. Disponible en inglés en spiegel.de/international/world/0,1518,576973,00.html, y en alemán en spiegel.de/spiegel/print/d-59889991.html, ambas consultadas el 6 de septiembre de 2011. Ver también Ralph Blumenthal, "Israeli Tells How He Tracked Mengele in '62" ["Israeli cuenta cómo siguió la pista de Mengele en 1962"], The New York Times, 12 de junio de 1985.
- 02 - La frase "era del testimonio" viene de Shoshana Felman, "In an Era of Testimony: Claude Lanzmann's Shoah", Yale French Studies, núm. 79 (1991), pp. 39-81, y más tarde Annette Wieviorka, The Era of the Witness, traducido al inglés por Jared Stark (Ithaca: Cornell University Press, 2006), originalmente publicado como L'Ère du témoin (Paris: Plon, 1998).
- 03 - Citado en Shoshana Felman, The Juridical Unconscious: Trials and Traumas in the Twentieth Century (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2002), pp. 132-133.
- 04 - Shoshana Felman y Dori Laub, Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History (Nueva York y Londres: Routledge, 1992).
- 05 - Shoshana Felman, The Juridical Unconscious, op. cit., p. 134.
- 06 - Michal Givoni, "Beyond the Humanitarian/Political Divide: Witnessing and the Making of Humanitarian Ethics," Journal of Human Rights, vol. 10, núm. 1 (2011), pp. 55-75; "Witnessing/ Testimony," Maft'ekh, A Lexical Journal of Political Thought, núm. 2 (2010), disponible en mafteakh.tau.ac.il/en/issue-2e-winter-2011/witnessingtestimony. Consultado el 6 de septiembre de 2011.
- 07 - Leslie Maitland Werner, "US Launches Investigation of Mengele Case", The New York Times, 7 de febrero de 1985. Ver "Jerusalem Listens to the Victims of Mengele", The New York Times, 7 de febrero de 1985.
- 08 - Ralph Blumenthal, "3 Nations Joining to Hunt Mengele", The New York Times, 11 de mayo de 1985; Leslie Maitland Werner, "The Mengele File: US Marshals Join the Hunt", The New York Times, 28 de mayo de 1985.
- 09 - Ralph Blumenthal, "Search in Bavaria Led to Exhumation", The New York Times, 8 de junio de 1985; Alan Riding [sin título], The New York Times, 9 de junio de 1985.
- 10 - Alan Riding, "Exhumed Body in Brazil Said to be Mengele's", The New York Times, 7 de junio de 1985.
- 11 - Alan Riding, "Key Man in Mengele Case: Romeu Tuma", The New York Times, 16 de junio de 1985.
- 12 - Moshe Brilliant, "Mengele's Death Doubted in Israel", The New York Times, 10 de junio de 1985.
- 13 - Vincent J. Schodolski, "Old Bones Add a New Chapter to 'Angel Of Death' Mystery", The Chicago Tribune, 9 de junio de 1985.
- 14 - Christina Belli y Jeffrey Tobin, "Archaeology of the Desaparecidos", ["Arqueología de los desaparecidos"], SAA Bulletin, vol. 14, núm. 2 (marzo-abril 1996), disponible en saa.org/portals/0/saa/publications/saabulletin/14-2/SAA9.html, y en español en www.cbc.uba.ar/tiki-download_file.php?fileId=232. Ver también "History of EAAF", disponible en eaaaf.org/founding_of_eaaf. Ambos consultados el 6 de septiembre de 2011.
- 15 - Ralph Blumenthal, "Evidence is Said to Point to Mengele Identification", The New York Times, 20 de junio de 1985.
- 16 - Christopher Joyce and Eric Stover, Witnesses from the Grave: The Stories Bones Tell (Boston: Little, Brown and Co., 1991), p. 169.

17 - Ibid., pp. 159-163.

18 - Ibid., p. 140.

19 - Don Stewart, "Witness after Death", *Sooner Magazine*, vol. 6, núm. 1 (otoño/invierno de 1985), p. 4.

20 - Harry Nelson, "Mengele Identity Search: How Clues Are Assembled", *The Los Angeles Times*, 14 de junio de 1985.

21 - Christopher Joyce y Eric Stover, *Witnesses from the Grave*, op. cit., p. 177.

22 - Clyde Snow entrevistado por Eyal Weizman, Dublín, 26 de abril de 2011.

23 - Eric Stover, "Mengele Id'd by Video Process", *The Chicago Tribune*, 12 de enero de 1986.

24 - Christopher Joyce y Eric Stover, *Witnesses from the Grave*, op. cit., p. 144.

25 - Ibid., pp. 193-194.

26 - Ibid., p. 194.

27 - Ibid., p. 195.

28 - Idem.

29 - Helmer llamó a su técnica "mezcla visual electrónica". Más tarde, publicó sus hallazgos: Richard P. Helmer, "Identification of the Cadaver Remains of Josef Mengele", *Journal of Forensic Sciences*, vol. 32, núm. 5 (noviembre de 1987), pp. 1622-1644.

30 - Christopher Joyce y Eric Stover, *Witnesses from the Grave*, op. cit., p. 200.

31 - Ibid., p. 202.

32 - Clyde Snow entrevistado por Eyal Weizman, Dublín, 26 de abril de 2011.

33 - Christopher Joyce y Eric Stover, *Witnesses from the Grave*, op. cit., p. 160.



Thomas Keenan es profesor de literatura y de derechos humanos en el Bard College, donde dirige el proyecto de Derechos Humanos. Fue curador, junto con Carles Guerra, de *Antifotoperiodismo* en La Virreina en Barcelona (2010) y en FOAM en Ámsterdam (2011). Coautor con Eyal Weizman del libro *Mengele's Skull: The Advent of a Forensic Aesthetics* (Sternberg Press/Portikus, 2012).

Eyal Weizman—editor general de *Cabinet*— es arquitecto y profesor de culturas visuales en Goldsmiths, University of London, donde también dirige el Centro de Arquitectura de Investigación. Es miembro fundador del colectivo de arquitectura DAAR en Beit Sahour, Palestina. Weizman también dirige el proyecto financiado por el Consejo Europeo de Investigación "Forensic Architecture: On the Place of Architecture in International Humanitarian Law". Sus libros incluyen *The Least of all Possible Evils* (Nottetempo, 2009; Verso, 2011), *Hollow Land* (Verso, 2007) y *A Civilian Occupation* (Verso, 2003), entre otras publicaciones.

—

La editorial en línea de la fundación ofrece textos, ensayos, seminarios, conferencias y entrevistas previamente publicadas por la fundación y curadas para ser parte de su colección de LIBRETAS. Asegura un valor bibliográfico a posteriori, sin negar que los formatos de lectura se están transformando, por lo cual propone un modo diferente de hacer libros. Las LIBRETAS son documentos de distribución gratuita, en formato PDF para descargar e imprimir, que permiten que el usuario arme su propia colección. Las ediciones de LIBRETAS están disponibles a través de la plataforma en línea, con el único fin de divulgar y promover la reflexión.

—

El Cráneo de Mengele.

Thomas Keenan
Eyal Weizman

© 2011 Cabinet Magazine

Nota:

Artículo publicado en Cabinet Magazine, Número 43, Forensics, Otoño, Nueva York, 2011, Fundación Jumex agradece a los autores del artículo y a los editores de la revista su autorización para traducir el texto al español y su reproducción con fines educativos en Ciudad de México.

✱ FUNDACIÓN JUMEX
ARTE CONTEMPORÁNEO

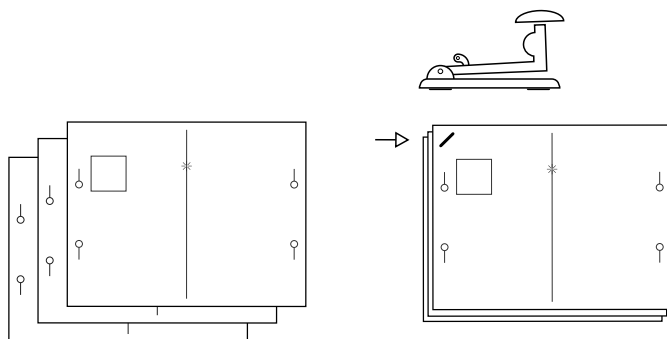
- 01 *Los Infantes Terribles, una viñeta y tres paréntesis.*
María Minera.
- 02 *Guy de Cointet, en correspondencia.*
Marie de Brugerolle.
- 03 El Cráneo de Mengele.**
Thomas Keenan & Eyal Weizman.

INSTRUCCIONES DE ENCUADERNACIÓN

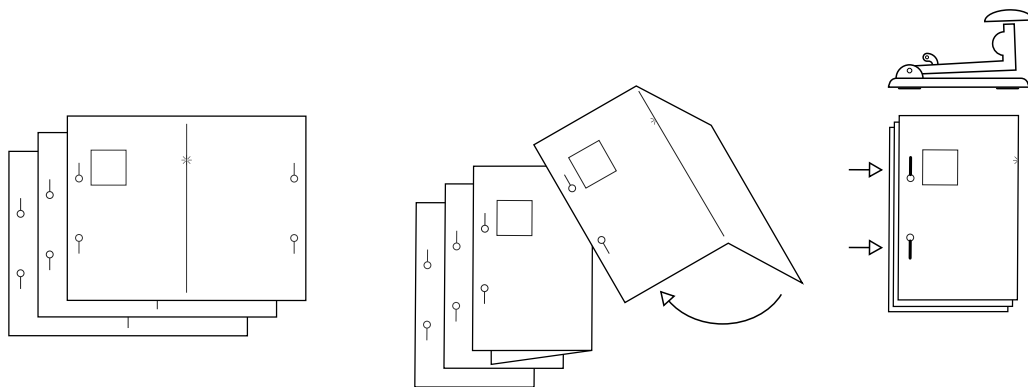


NO ENCUADERNES
ESTAS INSTRUCCIONES

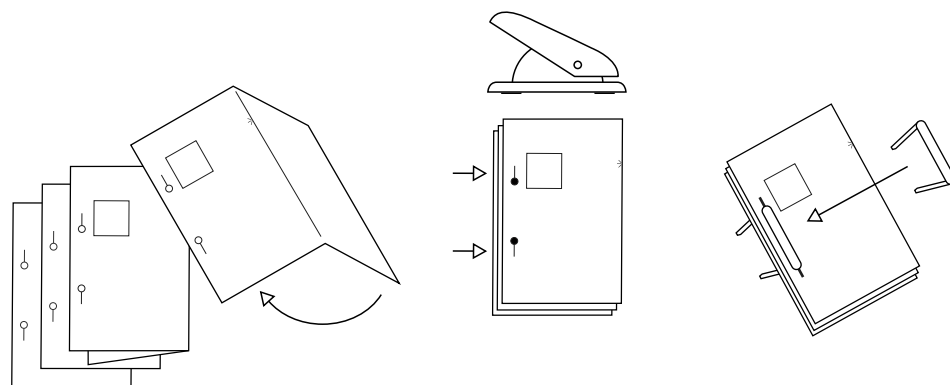
★ ENCUADERNACIÓN CON GRAPA



★ ENCUADERNACIÓN FRANCESA CON GRAPA



★ ENCUADERNACIÓN FRANCESA CON BROCHE BACO



MENGELE'S SKULL

THOMAS KEENAN
EYAL WEIZMAN

It was an unusual coincidence, one that presented a difficult choice. Mossad agent Rafi Eitan described the missed opportunity to an interviewer from Der Spiegel almost fifty years later:

In the spring of 1960, as we were planning the arrest of Adolf Eichmann, we learned that [Josef] Mengele was also in Buenos Aires. Our people checked out the address and it proved to be correct. ... There were just 11 of us and we had our hands full dealing with Eichmann. After we had brought Eichmann to the house where we kept him until we flew him out, my boss at the Mossad, Isser Harel, called. He wanted us to arrest Mengele as well, but Mengele had left his home in the meantime. Harel said we should wait until he returned and then bring both him and Eichmann to Israel in the same plane. I refused because I didn't want to endanger the success of the Eichmann operation. ... When our agents returned to Argentina, Mengele had moved out of his apartment and gone underground.¹

So Eichmann went to Jerusalem, and Mengele remained in South America. The first was executed after facing survivors, witnesses, and judges in an Israeli court in 1961 and the second, who died in hiding in Brazil, ended up as a skeleton on the examination table for forensic experts in 1985. Each of these forums exemplifies, and perhaps even inaugurated, different forms and sensibilities within the ethics and epistemology of war crime investigations and human rights.

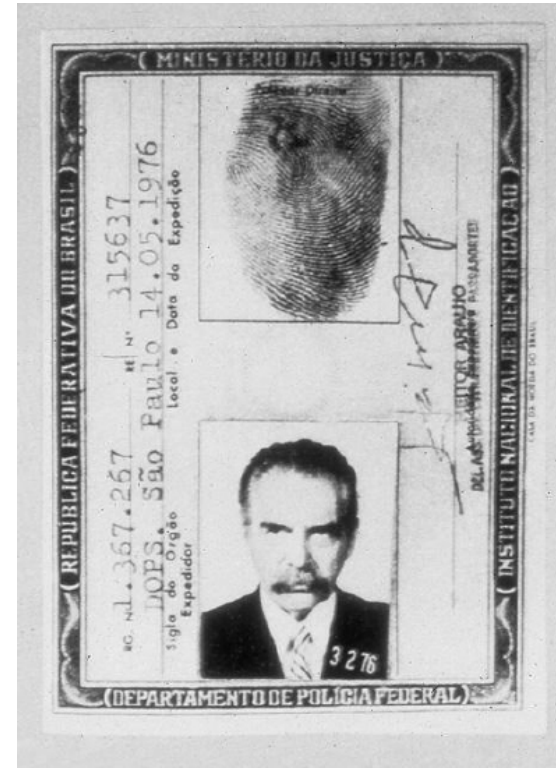
The “era of testimony” began, by most accounts, with the trial of Eichmann in Jerusalem in 1961, the first major war crimes trial since Nuremberg and Tokyo and the crucible of all the great debates about international criminal justice and accounting for atrocities since.² In the two chapters of *The Juridical Unconscious* devoted to Eichmann, Shoshana Felman argues that the new political agency of survivors as witnesses established at the trial was acquired not in spite of the fact that the stories they told were hard to tell, hear, or sometimes even to believe, not in spite of the fact that they were unreliable, but, paradoxically, precisely because of these flaws. Nuremberg prosecutor Robert Jackson had himself contrasted the bias and faulty memories of witnesses with the solidity of documentary evidence: “The documents could not be accused of partiality, forgetfulness, or invention, and would make the sounder foundation.”³ In their book *Testimony*, Felman and Dori Laub had earlier argued that it was often in silence, distortion, confusion, or outright error that trauma—and hence the catastrophic character of certain events—was registered.⁴ The frailty of the witness, the unreliability and even at a certain point the impossibility of bearing witness, had become the decisive aspect of testimony, its power to register and convey the horror of events. “Paradoxically, it is precisely the witness’s fragility that is called upon to testify and to bear witness,” wrote Felman.⁵ In this sense, as political scientist Michal Givoni has suggested, one of the characteristics of testimony in the context of war crimes is that its ethical function exceeds its epistemic one.⁶

The case of Mengele, though—the path not taken and the trial that never happened—provides an instructive alternative to the story that

seems to begin with Eichmann. For when Mengele was finally found, dead, many years later, the investigation that determined his identity opened up what can now be seen as a second narrative, not the story of the witness but that of the *thing* in the context of war crimes investigation and human rights. If the trial of Eichmann indeed marks the beginning of the era of the witness, we would suggest that the exhumation of a body thought to be that of Mengele in June 1985 signals the inauguration of an era of forensics in human rights and international criminal justice. To better understand the present place of forensic evidence in this context—not only of the exhumations that still go on but also the use of DNA, 3D scans, nanotechnology, and biomedical data in these investigations—we must return to the story of Mengele, where it began.

The mid-1980s saw what amounted to a last ditch effort by the US, Israeli, and other governments, as well as a range of private voluntary organizations like the Simon Wiesenthal Center, to track down and capture those former Nazi leaders who remained alive. Particularly concerning Mengele, everything seemed to come to a head in 1985. Early in February the US attorney general announced that the Justice Department would begin an investigation which would “compile all credible evidence on the current whereabouts of Mengele as well as information concerning his movements in occupied Germany and his suspected flight to South America.”⁷ In May, anticipating the fortieth anniversary of Germany's defeat, the US, West Germany, and Israel announced a joint effort to find Mengele and bring him to trial for crimes against humanity.⁸ Obviously, time was running out for both witnesses and perpetrators.

The break in the Mengele case came shortly after that. On the last day of May 1985, based on tips gathered as part of their own investigations, West German police raided a house in Mengele's home town in Günzburg, Bavaria, and uncovered a trove of documents, including letters with coded return addresses, which pointed them to Brazil and to an Austrian couple named Wolfram and Liselotte Bossert.⁹ The Bosserts, who lived in São Paulo, then told police there that they



— One of Mengele's fake Brazilian ID cards, acquired by substituting his own photograph over that of Wolfgang Gerhard, an Austrian national living in Brazil. Though he was fourteen years older and six inches shorter, Mengele successfully used Gerhard's identity with his blessing, and continued to do so until his death.

had indeed sheltered Mengele in Brazil, and helped him assume a false identity. They also pointed investigators to what they said was his grave, in the cemetery of a small town outside São Paulo called Embu. He had, they said, drowned at the beach resort of Bertioiga in 1979, and they had buried him in Embu under a false name, Wolfgang Gerhard. On June 6th, the Brazilian police exhumed the body.¹⁰

The skeleton that emerged became the center of a major media event.

But its status was soon contested. The Brazilian police announced their certainty from the start—Romeu Tuma, the chief of the federal police in São Paulo, holding the skull in his hands, told the cameras at the exhumation site that Mengele “was well and truly dead”—but, obviously, not everyone was convinced that the bones belonged to him.¹¹ Israeli officials in particular, including Issar Harel, the retired head of Mossad who had overseen the Eichmann kidnapping and the aborted attempts to catch Mengele, were said to believe that “Mengele and friends who may be harboring him had acted after becoming alarmed by the coordinated campaign by the United States, West German and Israeli Governments to bring him to trial.”¹² “We are not going to allow ourselves to be influenced by political or ideological feelings,” said Tuma the next day. “There are some who would like us to say he is still alive, and some who would like us to say he is dead.” Jose Antonio de Mello, the deputy coroner who led the ensuing examination, told reporters, “It will be very, very hard to make a positive identification of the body as being that of Mengele.”¹³

Because of the high stakes of the identification—Mengele was in a sense the last remaining Nazi war criminal of any significance, and his death would effectively put an end to the era of Holocaust trials and to the search for perpetrators—leading forensic analysts from several countries converged on the Medico-Legal Institute labs in São Paulo. Besides the Brazilian investigators, an official American team was dispatched, as well as a West German group, and Israeli officials were also present. The Weisenthal Center sent its own group, including the legendary Oklahoma-based forensic anthropologist Clyde Snow, who after a career in the United States had just begun to train the Argentine students who would go on to become the Equipo Argentino de Antropología Forense (Argentine Forensic Anthropology Team), the world’s first professional war crimes exhumation team.¹⁴



The wide array of forensic evidence called for an equally diverse collection of experts: analysts of handwriting, fingerprints, dental records and X-rays, photographs, documents, and clothing were all involved in the investigation.¹⁵ Rather than write parallel reports that would verify or contest each other, they decided to work together. The police chief told the assembled experts, “The Brazilian scientists will sign the final report, but we need your endorsement. ... It’s up to you, as scientists, to make the final determination.”¹⁶

—

At the center of the case were the bones. Christopher Joyce and Eric Stover tell the story of the skeleton in three central chapters of *Witnesses from the Grave*, their account of the career of Clyde Snow and the birth of forensic anthropology in human rights discourse. Stover, chairman of the American Association for the Advancement of Science’s Committee on Scientific Freedom and Responsibility, was a member of the Weisenthal Center team, along with Snow, radiologist John Fitzpatrick, and medical examiner Leslie Lukash.¹⁷

In most forensic examinations of human remains, the question asked of the bones is: how did you die? That is the traditional course of police investigations: the victim’s identity is known, and the cause of death must be established in order to ascertain whether a crime has been committed, and who might have done it. In São Paulo, however, the cause of death was not particularly pertinent. What mattered was to whom the bones belonged.

To answer this question, investigators need to reconstruct the story of a life as it has been recorded or fossilized into the bones. The scientists who converged on São Paulo had before them what was known of Mengele’s biography as it was conveyed in documents, photographs, and medical records. Clyde Snow called his process of work on identifying human remains “*osteo-biography*,” the biography of bones.¹⁸ He explained that the skeleton contains “a brief but very useful and informative biography of an individual ... if you know how to read it.”¹⁹ “Biography” tells us that what is of concern to this kind of reader is not just the moment of death but the entire history of a life—a sequence of illnesses, incidents, and accidents, along with

conditions of nutrition, labor, and habit—that is fossilized into the morphology and texture of bones. As one reporter put it at the time, “Success in establishing whether a body exhumed last week in Brazil is that of Nazi war criminal Josef Mengele depends heavily on how much detailed information investigators can gather concerning the living Mengele’s physical characteristics. American forensic medicine specialists said records that describe illnesses, injuries, birth defects, and dental work—plus X-rays and the results of laboratory tests that the former concentration camp doctor may have undergone—vastly improve the chances of making a certain identification.”²⁰

The forensic investigation was nothing other than this reading the bones, which moved closer and closer, bone by bone, to an identification: gender (male), handedness (right), height (174 cm), build (medium), race (white), fillings and gaps in the teeth, fractures and accidents marked in new X-rays (of the hip, thumb, shoulder blade, and collar bone), and age at death (64–74 years).²¹

But a “certain identification” was beyond their capacity. Forensic anthropology, like every other life science, is a matter of probability, not certainty. The investigation was a process of elimination in which each interpretation increases or decreases the balance of probability. For scientists and lawyers, truth is measured as a position on a scale of probability. The different questions asked of, and experiments conducted on, the skeleton should be understood as ways of operating within the fuzzy probabilities of forensics.

Instead of a trial of a living person, the process that led to Mengele’s identification was something akin to a “trial of the bones,” a scientific forum in which each claim by any of the scientists was checked and contested by his peers. “We had some members with different backgrounds. But we overlapped so strongly in our knowledge that we could survey and conduct a kind of peer review process within our group, double-checking the findings and methodology of the fellow scientists,” Snow recalled.²² “After nearly a week’s work,” he said, “we were somewhere between ‘probable’ and ‘highly probable’ that the remains were those of Mengele.”²³



Law and science have different methods for determining facts and act differently in relation to probability. And public opinion has its own relation to probability. In this case, forensic science had to convince not only scientists but also government lawyers and criminal investigators, as well as the general public and the survivors.

Forensics is, of course, not simply about science but also about physical objects as they become evidence, things submitted for interpretation in an effort to persuade. Derived from the Latin *forensis*, the word’s root refers to the “forum,” and the practice and skill of making an argument before a professional, political, or legal gathering. In classical Rome, one such rhetorical skill involved having objects address the forum. Because they do not speak for themselves, there is a need for something like translation or interpretation. A person or a technology must mediate between the object and the forum, to present it and tell its story.

This was then the role of the rhetoricians and today that of the expert witness. The forum is the arena of interpretation where claims and counterclaims have to be made on behalf of things. And it is around disputed or contested things in particular that a forum of debate gathers. In São Paulo, there was no legal forum in the strict sense; it was rather the public, and especially the survivors, that had to be convinced.

Clyde Snow speaks of bones in a rather flamboyant manner. In the manner of a rhetorician employing the trope of *prosopopoeia*—the figure that artificially endows inanimate objects with a voice—he refers to skeletons as if they were both alive and speaking, and gifted with a special capacity for truthfulness: “Bones make good witnesses. Although they speak softly, they never lie and they never forget.”²⁴

But if we are to endow bones with a voice, if they are to become witnesses, they are ones that do not speak for themselves. They need interpretation, translation, and assistance, especially if they are to convince non-specialists or the general public. Forensics is not only about the science of investigation but rather about its presentation to the forum. Indeed, there is an arduous labor of truth-construction embodied in the notion of forensics, one that is conducted with all sorts of scientific, rhetorical, theatrical, and visual mechanisms. It is in

the gestures, techniques, and turns of demonstration, whether poetic, dramatic, or narrative, that a forensic aesthetics can make things appear in the world.

To convince both the scientists and the general public in the Mengele case, an image was necessary, and these images were provided by a member of the West German team, Richard Helmer. First Helmer had to rebuild the skull, which had been badly damaged by the Brazilian police in their hasty exhumation. Once that had been done, Joyce and Stover report, Helmer could get to work on the images:

Hamlet once held aloft a skull and wondered if he could discern its owner's identity. Helmer now asked himself the same question. But he had at his disposal a technique that Hamlet could not have imagined. ... Helmer had perfected a video-imaging process called face-skull superimposition, in which a video image of a photograph is placed over a video image of a skull to determine whether the two are the same person.²⁵

Using tables and formulas he had developed of the topography of skulls based on work with hundreds of them, Helmer enhanced the skull to add the thickness and shape of the face which had disappeared with death. Using thirty separate pins, each secured with clay to the surface of the skull and tipped with a white marker at the point where the skin would have been, he recreated the missing contours. This allowed him to compare the skull and the photographs "to the closest millimeter."²⁶

As Joyce and Stover tell the story, the pin-studded skull and the photos were then displayed side-by-side in front of

two high-resolution video cameras ... mounted on tracks so that they could slide forward and backward. The video images were relayed to an image processor and from there to a television monitor. Helmer, now scientist turned cameraman, squinted into the viewfinder of one camera, bringing the skull



The skull of Josef Mengele on display for reporters and news crews, 6 June 1985 in Embu, Brazil. The Auschwitz doctor's bones were unearthed in a small cemetery there in a grave marked "Wolfgang Gerhard." Photo Robert Nickelsberg. Courtesy Getty Images.

into focus. He moved to the next camera and did the same for the photograph. He shuttled between the two, sliding them back and forth along their tracks until the two images of skull and face on the monitor were the same size. With the image processor, he superimposed the images over each other, lining up the flesh of the face [in the photo] at each pinpoint with the white marker.²⁷

Having satisfied himself, Helmer presented the work to his colleagues.

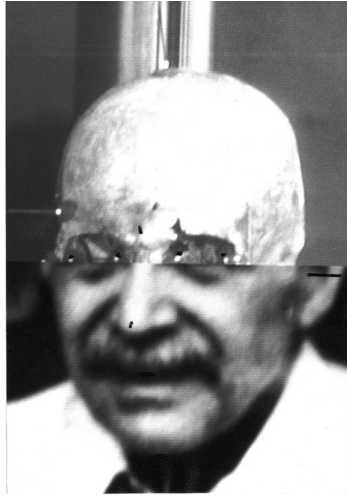
"The pin-cushion skull came into focus on the television monitor with the photo superimposed onto it. The sight was unnerving. It took a moment for the eye and brain to process the peculiar image. They were seeing a human as no one in life could, as if the skin were a ghostly film."²⁸ The match was perfect. It was the image that would convince the public, a photograph wrapped over an object, an image of life over an image of death.²⁹

At the press conference the following day, the forensic team presented their conclusions ("it is ... our opinion that this skeleton is that of Josef Mengele") and photographs of their methods, including Helmer's decisive superimpositions.³⁰ They also delivered a basic lesson in the status of scientific evidence and truth. Asked how sure they were that the skull belonged to Mengele, US team leader Lowell Levine quoted their determination: "within a reasonable scientific certainty." "Realizing the ambiguity of the scientific term," Joyce and Stover say, "he added, 'That represents a very, very, very high degree of probability. Scientists never say anything is one hundred percent.'"³¹

It was during the Mengele investigation that the procedures and techniques of forensic identification of human remains were methodologically developed. "That was one of the things we came away from the Mengele case with—a dynamic, ongoing, simultaneous interdisciplinary approach to the problem of identification. A certain analytical method has been effectively developed."³²

Snow's trip to Brazil came immediately following the start of his work with the group of young Argentine anthropologists just beginning to investigate





the remains of the disappeared in the “dirty war.” As he tells the story, his bags were not yet unpacked.³³ It was the team in Argentina that would go on to conduct the first large-scale and systematic exhumations in the context of human rights work, producing over many years important evidence in the trials of the junta leaders and developing a pioneering professional expertise in forensic anthropology. Later, they helped disseminate this competence in the killing fields of the 1990s, in places like Guatemala and Chile, but also in Rwanda, Yugoslavia, and elsewhere. Where there was a dispute around a war crime, the graves that had once simply been the space of memory became an epistemic resource.

Modern human rights forensics began in Argentina with the victims, and in Brazil with the perpetrator. And it began with the same question asked of the bones: “Who are you?” Like testimony, forensics has political, ethical, and aesthetic manifestations. The emergence of a forensics aesthetics—marked for us most clearly by Helmer’s video presentation in São Paulo—signals a shift in emphasis from the living to the dead, from subject to object, in the aftermath of atrocity and the pursuit of human rights.

But just as the survivors of the camps required the space of the trial itself to emerge as witnesses, and in a real sense emerged as such in the very act of speaking, so too things do not simply come with their agency already fully operational. A forum, which in this case was a scientific-aesthetic space, and all the techniques of presentation (of making-evident) that come with it, is required for facts to be debated.

If things have begun to speak in the context of war-crimes investigation and human rights, it is not simply that we have acquired better listening skills, or that the forums of discussion have been liberally enlarged. The very entry of bones and other things into these forums has changed the meanings and the practices of discussion themselves. In fact, the entry of non-humans into the field of human rights has transformed it.

—
Examples of Richard Helmer’s images in which he superimposed photographs of Mengele and the pin-studded skull presumed to be his. Courtesy Richard Helmer.

NOTES

- 01 - Christof Schult, "Wir hätten Mengele töten können" ["We Could Have Killed Mengele: Interview with Mossad Agent"], *Der Spiegel*, 9 August 2008. Available in English at spiegel.de/international/world/0,1518,576973,00.html, and in German at spiegel.de/spiegel/print/d-59889991.html, both accessed 6 September 2011. See also Ralph Blumenthal, "Israeli Tells How He Tracked Mengele in '62," *The New York Times*, 12 June 1985.
- 02 - The phrase "era of testimony" comes from Shoshana Felman, "In an Era of Testimony: Claude Lanzmann's Shoah," *Yale French Studies*, no. 79 (1991), pp. 39–81, and later Annette Wieviorka, *The Era of the Witness*, trans. Jared Stark (Ithaca: Cornell University Press, 2006), originally published as *L'Ère du témoin* (Paris: Plon, 1998).
- 03 - Quoted in Shoshana Felman, *The Juridical Unconscious: Trials and Traumas in the Twentieth Century* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2002), pp. 132–133.
- 04 - Shoshana Felman and Dori Laub, *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History* (New York and London: Routledge, 1992).
- 05 - Shoshana Felman, *The Juridical Unconscious*, op. cit., p. 134.
- 06 - Michal Givoni, "Beyond the Humanitarian/Political Divide: Witnessing and the Making of Humanitarian Ethics," *Journal of Human Rights*, vol. 10, no. 1 (2011), pp. 55–75; "Witnessing/Testimony," *Maft'e'akh*, A Lexical Journal of Political Thought, no. 2 (2010), available at mafteakh.tau.ac.il/en/issue-2e-winter-2011/witnessingtestimony. Accessed 6 September 2011.
- 07 - Leslie Maitland Werner, "US Launches Investigation of Mengele Case," *The New York Times*, 7 February 1985. See also Thomas Friedman, "Jerusalem Listens to the Victims of Mengele," *The New York Times*, 7 February 1985.
- 08 - Ralph Blumenthal, "3 Nations Joining to Hunt Mengele," *The New York Times*, 11 May 1985; Leslie Maitland Werner, "The Mengele File: US Marshals Join the Hunt," *The New York Times*, 28 May 1985.
- 09 - Ralph Blumenthal, "Search in Bavaria Led to Exhumation," *The New York Times*, 8 June 1985; Alan Riding, [no headline], *The New York Times*, 9 June 1985.
- 10 - Alan Riding, "Exhumed Body in Brazil Said to be Mengele's," *The New York Times*, 7 June 1985.
- 11 - Alan Riding, "Key Man in Mengele Case: Romeo Tuma," *The New York Times*, 16 June 1985.
- 12 - Moshe Brilliant, "Mengele's Death Doubted in Israel," *The New York Times*, 10 June 1985.
- 13 - Vincent J. Schodolski, "Old Bones Add A New Chapter To 'Angel Of Death' Mystery," *The Chicago Tribune*, 9 June 1985.
- 14 - Christina Bellelli and Jeffrey Tobin, "Archaeology of the Desaparecidos," *SAA Bulletin*, vol. 14, no. 2 (March–April 1996), available at atsaa.org/portals/0/saa/publications/sabulletin/14-2/SAA9.html. Also see "History of EAAF," available at eaaf.org/founding_of_eaaf. Both accessed 6 September 2011.
- 15 - Ralph Blumenthal, "Evidence is Said to Point to Mengele Identification," *The New York Times*, 20 June 1985.
- 16 - Christopher Joyce and Eric Stover, *Witnesses from the Grave: The Stories Bones Tell* (Boston: Little, Brown and Co., 1991), p. 169.
- 17 - *Ibid.*, pp. 159–163.
- 18 - *Ibid.*, p. 140.
- 19 - Don Stewart, "Witness After Death," *Sooner Magazine*, vol. 6, no. 1 (Fall/Winter 1985), p. 4.
- 20 - Harry Nelson, "Mengele Identity Search: How Clues Are Assembled," *The Los Angeles Times*, 14 June 1985.
- 21 - Christopher Joyce and Eric Stover, *Witnesses from the Grave*, op. cit., p. 177.



- 22 - Clyde Snow interviewed by Eyal Weizman, Dublin, 26 April 2011.
- 23 - Eric Stover, "Mengele Id'd by Video Process," *The Chicago Tribune*, 12 January 1986.
- 24 - Christopher Joyce and Eric Stover, *Witnesses from the Grave*, op. cit., p. 144.
- 25 - *Ibid.*, pp. 193–194.
- 26 - *Ibid.*, p. 194.
- 27 - *Ibid.*, p. 195.
- 28 - *Ibid.*
- 29 - Helmer called his technique "electronic visual mixing." He published his findings later: Richard P. Helmer, "Identification of the Cadaver Remains of Josef Mengele," *Journal of Forensic Sciences*, vol. 32, no. 5 (November 1987), pp. 1622–1644.
- 30 - Christopher Joyce and Eric Stover, *Witnesses from the Grave*, op. cit., p. 200.
- 31 - *Ibid.*, p. 202.
- 32 - Clyde Snow interviewed by Eyal Weizman, Dublin, 26 April 2011.
- 33 - Christopher Joyce and Eric Stover, *Witnesses from the Grave*, op. cit., p. 160.

Thomas Keenan teaches literature, media, and human rights at Bard College, where he directs the Human Rights Project. He recently curated, with Carles Guerra, "Antiphotjournalism" at La Virreina in Barcelona (2010) and FOAM in Amsterdam (2011).

Eyal Weizman—an editor-at-large of *Cabinet*—is an architect and a professor of visual cultures at Goldsmiths, University of London, where he also directs the Centre for Research Architecture. A founding member of the architectural collective DAAR in Beit Sahour, Palestine, Weizman also directs the European Research Council-funded project "Forensic Architecture: On the Place of Architecture in International Humanitarian Law," which includes the themed section of this issue. His books include *The Least of all Possible Evils* (Nottetempo, 2009; Verso, 2011), *Hollow Land* (Verso, 2007), and *A Civilian Occupation* (Verso, 2003).



—

The foundation's online publishing division offers texts, essays, seminars, conferences and interviews previously published by the foundation and curated to be part of the LIBRETAS collection. Committed to the a posteriori value of books, but aware that the way people read is changing, this platform proposes a different way of making books. LIBRETAS are documents with free distribution, available in PDF format to be downloaded and printed, allowing users to create their own collections. The editions of LIBRETAS are available via the foundation's online platform, with the sole aim of circulating and promoting reflection.

—

Mengele's Skull.

Thomas Keenan
Eyal Weizman

© 2011 Cabinet Magazine

Note:

This article was published in Cabinet magazine, No. 43, Forensics, Fall, New York, 2011.

Fundación Jumex thanks the article's authors and the magazine's editors for their authorization to translate and reproduce the text for educational purposes in Mexico City.

✱ FUNDACIÓN JUMEX
ARTE CONTEMPORÁNEO



01 *Les Infantes Terribles, one vignette and three parentheses.*
María Minera.

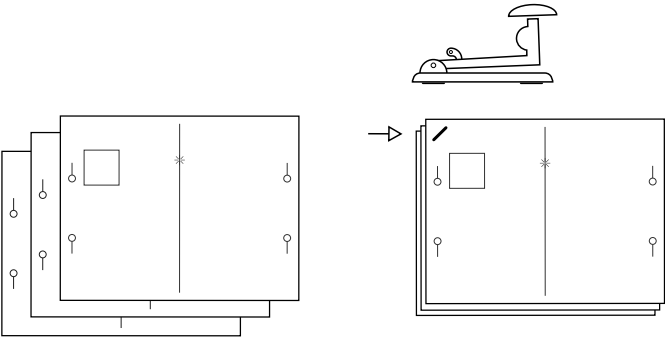
02 *Guy de Cointet, in correspondence.*
Marie de Brugerolle.

03 Mengele's Skull.
Thomas Keenan & Eyal Weizman.

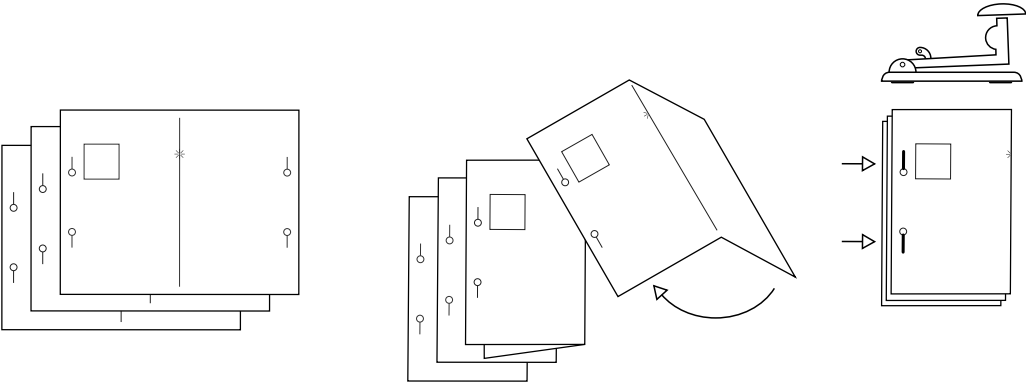
BINDING INSTRUCTIONS

- - DO NOT BIND THIS
INSTRUCTION PAGE

★ STAPLED
BINDING



★ FRENCH
STAPLED
BINDING



★ FRENCH BINDING
WITH FASTENER

